ADOLFO, DE PERFIL

1

Una lluvia hecha de pergaminos volátiles caía insistiendo más allá de la verja del jardín, que mostraba su piel reseca, arrugándose minuto a minuto de forma que resultaba incomestible.

La lluvia dio la vuelta a la casa y se alejó. Parecía, temerosa de la noche, huir, y en realidad cantaba.

Adolfo, plantado ante el marco de la ventana, semejaba el retrato de sí mismo y el de Proust a un tiempo. Permaneció varios minutos sin pestañear, sin pensar nada, sin ver lo que tenía delante. Después vio lo que todos los días, pero que las circunstancias variables de cada día hacía distinto.

Un animal desconocido, en forma de peluca japonesa, se arrastraba en dirección de un pino. Se adhirió a su corteza y desapareció haciéndose transparente. Un olor a libro quemado le hizo agitar las aletas de la nariz.

—La merienda está servida.

En seguida la noche llenaría el paisaje de cabezas de animales desconocidos y los peces se pasearían entre las sábanas con pies descalzos: ¡Emilia! ¡Emilia! ¡Emilia!

La tarde, poblada de labios y orejas, era el cementerio de los amantes y sus toses resonaban en el hueco hecho de puntas de lápices, donde el sueño tenía un anillo en forma de caracol que no se ha inventado nunca, miel paradójica, ser lábil y pestaña de abanico sacado de raíz. Mientras, las nueces dejaban caer sus monedas y, en forma de bicicletas submarinas, llegaba la gelatina gaseosa. Todo era un paisaje de prendas interiores que apenas había manchado una doncella. El ojo derecho ocupaba el lugar del izquierdo, la cueva estaba dentro del armario y una estampita, descendiendo lentamente del techo, ponía una pincelada de mostaza en cada rodaja de salchichón. La importancia de llamarse Ernesto era normalísima; por eso cada herradura, pendiente de su propio caballo, iba y dormía desde la cabellera del león a la piscina, la lámpara, el trillo y la abrazadera. Platos crujientes, flores carnosas creciendo boca abajo en el suelo, colgaban desde el techo entre los mil y uno insectos invisibles que llenaban la atmósfera con sus ladridos, de los que se desprendían letras como se desprende un botón cuando el amor es la fuerza y la circunstancia. Y toda la habitación, transformada en el plano de un

palacio, se deslizaba como un personaje fantástico entre las montañas que había limpiado la nieve con pinzas, entre el socorrido carcajeo tenue de una caja de hueso, de una uña que muestra en su superficie los colores del arco iris, mientras la paloma diluvial atravesaba las ventanas, dejando en sus cagaditas de ratón botones de fuego que horadaban las superficies con agujeros de cerradura, mientras las palmadas en el interior de los trajes esparcían los granos de trigo como una bendición de palabras, como un langostino en forma de teja, hueco por todas partes, y con un tacón en cada mejilla, inundados con un vino escarlata, ácido y lleno de huesos, suficiente para despertar de golpe.

2

Adolfo no tenía parientes. Su casa la había heredado llena de huecos por todas partes y en ellos almacenaba libros y zapatos, elementos de navegación, relojes, cuerdas, toda una vegetación luminosa y gran cantidad de llaves que sólo podían abrir cofres góticos y las cerraduras de algunos mensajes.

Cada día soñaba despierto la historia de su reconciliación con la apariencia, iba y venía por escaleras inencontrables, apaciguaba el entusiasmo de las bayetas, cápsulas, mondadientes, mientras engullía las cotidianas alubias como trinos de pájaros inencontrables, y, paseando entre los postes que acompañaban su soledad, los días crecían semejantes a chimeneas.

Su vida era las dos mitades de un pastel; en la de al lado pululaban los gusanos del sentido práctico, y en la mitad del centro, cubierta por una coloreada mariposa, crecían otras mariposas, en número incontable, que se escapaban de entre aquellos barrotes.

Acudía a las citas de la obligación y cumplía, pisada sobre pisada, como un otro joven que se aplicara a vivir discretamente su vida, aunque bebía las cervezas con menos voracidad, no acudía a los torneos ni se obstinaba en ver las películas por la otra cara ni en leer las novelas empezando por el último capítulo.

A veces, aunque no lloviera, salía a la calle con un paraguas en forma de embudo, pero le disculpaban la excentricidad en consideración a que lucía un bigote del más viejo estilo y que sus tirantes, aplicados discretamente sobre la piel, no actuaba el olor y sólo los conocían seres muy íntimos. Incluso las señoras le miraban con benevolencia, y en su porte, cierto estilo de lasquenete, le daba una personalidad distinta que no desentonaba entre la multitud. Fumaba los cigarrillos cuidadosamente espaciados y, sin hacer de ello ningún alarde, tecleaba la máquina con rapidez, cambiaba la cinta en un verbo, sin mancharse los dedos; montaba a caballo ligeramente inclinado hacia atrás, pedaleaba la bicicleta como si llevara a la espalda una rueda de repuesto y no se mordía las uñas. Con las muchachas tenía una cortesía distante, pero sus ojos parecían prometer una ternura que las hacía deslizarse como a través del túnel del amor y, soñadoras y apasionadas, estaban de su parte.

Pero casi nadie sabía dónde vivía y pocas personas habían entrado en su casa, y las que habían entrado conocían el recinto más convencional, bebían la gaseosa más corriente y salían como si tuvieran los ojos empañados, mientras más allá de cada puerta la música de sus instrumentos personales campaba por sus respetos.

3

Siempre que salía a la calle su alma se estiraba. Conseguía llevarse la mitad cuando el ángel de la cortina la cortaba en dos. Pero la suya, como desangrada, apenas era capaz de sostenerla, mientras la que se quedaba en casa prosperaba a la sombra tibia de las habitaciones, acariciada por mariposas propicias, que con alas de papel de periódico la servían, no importaba si de tiempos pasados o venideros, las más interesantes noticias, mientras se alimentaba de la mermelada invisible que manaba cerca de su boca. Adolfo regresaba extenuado y se sentaba en cualquier parte, mientras la mitad casera iba penetrándole y aquella trasfusión le volvía a la vida.

Dormido o despierto era el mismo ser lleno de ruedas que se movían vertiginosamente y su música, hecha de cuernos de cocodrilo, le hacía sentir los pies en todas las partes, mientras, flotando por encima de los muebles, sentía el paso del tiempo, deslizándose hacia un embudo que era la boca de una niña gigante llena de cremalleras y con las trenzas animadas que salían hacia el jardín.

A veces la mitad más lúcida llegaba a rebosarle por los agujeros de su cuerpo y empujaba a sus pelos que se situaban puntiagudos y al moverse hacían un ruido semejante al de las hojas pisadas. De entre ellos salía un polvillo dorado que flotaba, cambiando el sentido de la luz.

Pero esto, por lo demás, tenía muy escasa importancia.

4

Cuando llegaban las grandes invisibles, desde el suelo, el coñac aparecía en los labios. A veces los grandes invisibles no eran más de tres: A, B, C; pero con D, E llegaban hasta cinco. Y sucedía que cuando tres, también podían ser A, C, D, o A, C, E, o B, C, D, o B, D, E, o A, B, E, o A, B, D, o B, C, E, o C, D, E, y cuando cuatro, A, B, C, D, o A, C, D, E, o A, B, D, E, o B, C, D, E.

A, con su condición de ser semiarácnido, semiplanta, prefería colocarse sobre los cristales esmerilados o, sentado en un orinal, intentaba por todos los medios soltar espléndidas cagarrutas, que por su condición de invisibles y por su facultad de saltar, iban de un lado para otro, hasta que al pisarlas soltaban el fétido contenido de su interior, que impregnaba el palacio con el hedor de una choza y ponía a la choza en situación de excusado. Excusémonos, pues, escribió A sobre las paredes, sobre los pianos de cola, sin dejar de escribir y escribir. Como si estuviera en una cancillería, orinaba al mismo tiem-

po, haciendo un ruido acompasado hasta conseguir que debajo de las sillas hubiera tantos charcos que era normal pensar que, desde su culo, llovía.

B, como una rueda dentada molía el chocolate del suelo y después costaba Dios y ayuda colocar las baldosas en su sitio hasta que, a fuerza de insistencia y persuasión, se reorganizaban sus raicillas y formaban un todo compacto que era al suelo anterior como 1 es a 1. B iba y venía, desde el techo del portal hasta el techo de la bodega, suspirando y también en trance de bailoteo, pindongo y entrometido, ofreciendo la manzana de la serpiente ante tantos espejos que, transformados en humo, parecían querer ocultarse de su vista, ya que no podían reflejarle. Sin embargo, sus eructos llenaban de desconchones todas las superficies, dejando al descubierto la punta de algunos clavos en los que se sujetaba la escayola. B era frágil. Cuando le apetecía sacaba su segunda rueda, como un hijito más se hacía levemente transparente durante la centésima parte de un segundo y de nuevo tornaba a su ser, pero este esfuerzo lo desgastaba tanto, que después se desmayaba e inconsciente quedaba pegado a la pared y al despegarse el edificio daba fuertes tiritones.

C era de arriba abajo boca y por detrás cabellera llena de gusanos opacos que al caer al suelo se sumergían como dentro del agua. En lugar de andar se deslizaba y solía quedarse adherido al techo, por la boca, a modo de ventosa, y su cabellera, colgado, seguía desprendiendo gusanos que al entrar en la superficie hacían un sonido de nuez. Los pelos, a modo de cortina, se estiraban paulatinamente hasta el suelo y se encogían hasta cerca de la espalda. Sobre el techo hacía un recorrido aparentemente caprichoso hasta dejar toda la superficie recubierta de baba.

D, con calidades de espejo que no viera la luz, era como un lago sin agua. Por debajo de su elemento líquido se trasladaba un carro en direcciones opuestas. Y su silencio evocaba las ruinas.

E, en forma de almanaque, el hueco del hueco mismo, crecer y desmoronarse era su acto simultáneo.

Cada noche, que era como un siglo, los invisibles pasaban los largos segundos de la inmovilidad, ocupados en peinar sus proyectos y después, como martillazos de decisión, dejaban caer sus golpes sobre los platos, y un instante, tan breve que no podía situarlo la historia, se alzaba en bloque a la realidad, como instantáneo pensamiento.

5

La casa de Adolfo parecía protegida contra la curiosidad y su singular naturaleza pasaba inadvertida. Una vivienda más en aquella parte retirada de la ciudad, barrio tranquilo, casi en el campo. Muy cerca de rústicas fincas de las que a veces llegaba el cacareo de las gallinas lleno de maternales cadencias.

Crecían, ante el terreno que las rodeaba, unas flores blancas de tallo muy fino, rematadas en un círculo perfecto como con cabecitas de alfileres. Los árboles, la hierba y el aire tenían la evanescencia de

lo hábilmente elaborado y su contemplación era situarse en el tiempo, y en un lugar que no estando localizado en parte alguna, podía estar en cualquier sitio, incluso fuera de las leyes más visibles de nuestro planeta.

Pero de esta sensación nadie se hacía consciente, y aunque sentían algo distinto, no reparaban en su peculiar naturaleza, e ignorando su carácter excepcional, hacían como si no recibieran la comunicación que creían que no les llegaba, y en todo caso lo achacaban a su estado de ánimo y no a la influencia activa del medio.

En torno al edificio la atmósfera, al mismo tiempo cargada y ligera, transmitía sus descargas invisibles y su aire era un aire muy otro. Los pajarillos parecían hacer finas líneas con su vuelo, que un instante después se desvanecían, y al andar por la tierra o al picotear las semillas, los animalitos, entre las piedrecillas y el polvo, sonaban como si dieran ligeros golpes sobre una piel de carnero, y sus movimientos, tan habitualmente mecánicos, resultaban más atrevidos y rápidos. Las hojas de los árboles parecían cooperar en esta agitación, aunque su color, a un tiempo sombrío y lleno de tantos matices vivos y cambiantes, como por efecto de la luz, daban resultados de escenografía.

El edificio, que visto desde fuera parecía de proporciones regulares, con suficiente capacidad e incluso holgura, no se podía asegurar si era de una sola planta y de techos elevados o si realmente tenía dos plantas o acaso tres. Sobre los distintos planos del tejado aparecían unas chimeneas que pasaban inadvertidas. La principal, situada cerca del punto más alto, lo que de ella se veía, evocaba una cabeza masculina de rasgos acusados, y sugería que el resto fuera la parte que completaba la figura.

Aunque no se veía salir el humo por ella, era como si no dejara de desprenderse formando por encima de la casa, en el plano del paisaje que la tenía por fondo, nubes de forma caprichosa a modo de notas irónicas.

6

A veces todo parecía dormido en el jardín, al otro lado, en el bosque, y que dentro del edificio había un reposo intenso. Mientras a su alrededor la vida seguía su movimiento normal y a nadie, entonces menos que nunca, se le ocurría dedicar algo más que una mirada distraída mientras seguía su camino.

Dentro del hueco del silencio reposaba su barba invisible y su sonido de fuelle quedaba adormecido en las paredes interiores.

7

Adolfo, a veces cada mañana, salía por el sendero, entre la hierba y los matorrales, y llegaba a la valla de madera. Abría la puerta y, como un ciudadano más, se sumergía en el ritmo de la calle.

El vehículo que le llevaba hasta el centro tenía un traqueteo sonámbulo, y él y los que con él fuera, sin hablar, se movían como los muñecos tiesos destinados a exhibirse en un escaparate. A un lado y otro la realidad, como las ilustraciones de un libro, aparecía anticuada. Las ruedas, dando vueltas, hacían señales evocadoras, y algo, como un anuncio semejante a un pescado volador, parecía pasar por delante en el primer cruce. Globos con signos, señales, letras, flotaban de un lado para otro. Los transeúntes, como plantas arrancadas de cuajo y arrastrando sus raíces, caminaban empujados por otra fuerza, sin ver la estela de baba grisácea que dejaban tras de sí. Los monumentos, semiderruidos, escurrían vino y sangre putrefactos entre labios de piedra amarilla junto a los que crecía una hierba en forma de hoja de lechuga que, su superficie, de un color ceniciento, la tenía recorrida por gruesos caracoles rojos que dormían dando bufidos y soltando una espuma que ascendía en pompas, flotaban un instante, reflejando lo que las rodeaba, y después se deshacían. Su forma de tarta empezada estaba recorrida por muchachos que se recortaban en cualquier lado, como descansando o prolongando una espera, y parecían formar parte del tinglado. Un sonido, mezcla de gaseoso y sólido, sin saber de dónde, era la atmósfera bajo la que se sumergían. Las raíces de los edificios abrían grietas en el suelo que se resquebrajaba igual que vidrio, sin que sobre él hubiera una mota de polvo que se almacenaba en los salientes de las paredes y de las ventanas. Las grietas parecían cambiar, abriéndose y cerrándose y alternando el color. Algunas raíces asomaban como la uña de un dedo que se escurría hacia el interior. Las casas simulaban hacer muecas, y parecía que echarían a andar de un momento a otro, arrastrándose sobre ruedas y que la decoración iba a desaparecer, quedando todo desnudo.

Hombres y mujeres corrían empujando aros, sorteando los obstáculos y dando chillidos. Otros, subidos en toneles como si fuera el lomo de un caballo, pretendían hacerlos caminar. Los ancianos, apoyados en sus bastones, lanzaban el yo-yo repetidas veces. Avanzaba una fila de muchachos agarrados unos a otros, con los ojos vendados. De los balcones caía una lluvia de papeles que, arrastrándose por el suelo, iban a parar a las grietas, que los absorbían al instante. Cruzaban jóvenes a la pata coja y entraban y salían personajes vestidos con trajes de época y divertidos sombreros en forma de bicicleta, de aeroplano, de barco, de automóvil, de carreta, de caballo, de zepelín. Las gafas, de distintas formas. Algunas, con los lentes redondos y desde poco más grandes del tamaño de una lenteja, hasta llegar a las dimensiones de un plato. Con gafas-casco, gafas-visera, gafas-peluca, gafas-patilla, gafas-bufanda, gafas-caretas, los que las llevaban montaban en patines y se deslizaban a gran velocidad, cayendo desde la acera a la calzada y dando, al llegar a cada grieta, ese golpe que dan las ruedas del ferrocarril entre tramo y tramo de hierro. El cielo, ocupado por nubes muy densas, semejaba estar cuidadosamente enladrillado, como a modo de espejo que reflejara un campo de deportes inexistentes, tenía el agua cambiante de su fortaleza, recorriendo una línea oblicua, ni carne ni pescado, en la que había letras de distintos tamaños y peces en forma de corazón, como cajas ovaladas, continua-

mente abiertas, que dejaban caer su harina de almortas sin agotar la fuente. Líneas de un extremo a otro del firmamento dibujaban, en un ir y venir, el mismo rastro repetido sobre una sábana, recogiendo su sangre, que, más alta que la lluvia, abría un hueco en la carne más fértil, dispuesta a recibir el trigo y las patatas. Como un camino lleno de peripecias que fuera ocultando a cada lado la falsa moneda de los estúpidos, la más falsa moneda aún de las mujeres con un ojo en cada mano, entre los matorrales llenos de fosforescencia, con sus cabellos retráctiles, con sus uñas articuladas, con sus dientes luminosos y orejas que se desplazaban a lo largo de su corteza y frutos, amaestrados como las bellotas, que tenían en su interior un animalito enroscado como una cerilla y que en lugar de boca esgrimían un embudo y una cacerola en lugar de rabo. Huecos como estameñas pintadas, hojalatas vibrantes. Largos hilos ramificados que sujetaban coloreadas bombillas en forma de algodón retráctil, en forma de nuca o balandro. Un ala barría el topacio encendido, la sal dulce, la piedra amarga. Un pico, a modo de cuchillo reptante, abría la cicatriz rosada del arco iris y, pendiente de su percha, como un racimo de silogismos, colgaban los pendientes crepusculares, olvidados con sus ligas, enaguas, botones, tortillas, escupideras. Y a punto de aplastarse sobre la superficie del suelo saltaba, como si el conductor del bólido hubiera atravesado la llanura fosforescente o, resbalando en un mar de hielo, tan más o menos azul que la cocaína, y se ajustaba de nuevo a su anterior condición. Adolfo era consciente de que, aunque tuviera los ojos en la nuca, los inexistentes arroyos seguirían manando leche, las olas dejarían caer su espesa balumba de humo, su petróleo pragmático, esa serpiente encadenada, ni más ni menos que una cuerda llena de nudos, aprisionada entre un dedo y otro, al tiempo que se desprenden los dientes y aúllan. Al bajar del carromato, que se sujetaba con pinzas y patas de gallinas, la superficie del mar cerraba sus puños y podía, poniendo los tacones en los adoquines, caminar como si tal cosa, aunque hasta la altura de sus rodillas la niebla le impedía enterarse de las recientes noticias impresas en el suelo. Algunas ancianas hacían rodajas en pescados, que, a modo de salchichón, colocaban sobre una tabla. La sangre caía en gruesas gotas y se evaporaba antes de llegar al suelo. Las paredes, a modo de tersos troncos de árboles, ofrecían una superficie irregular, y las puertas parecían las tapas de lujosas cajas de difuntos, abiertas a laberintos llenos de escaleras con historiadas balaustradas, entre las que crecían yedras con lazos y campanillas. Como si cambiara continuamente ante sus ojos, veía ante él, al mismo tiempo que la postal de la realidad, el relato de un bosque, las arenas del desierto, viñas, sembrados, huertas, aeródromos, puertas, estadios, cafetales, campos de batalla y un péndulo, pendiente de cualquier sitio, pero de vértice inalcanzable, que se movía a ras del suelo pasando su cuchilla a través de cualquier obstáculo sin que llegara a cortar nada. Las palomas cruzaban entre las columnas de los soportales, que a ambos lados de las avenidas se enroscaban a sí mismas, a veces ascendían en dirección de los tejados y formaban un puente de lado a lado de la calle, como un arroyo de leche en el que navegaban montados en barcos, hechos

con algo parecido al papel, los guerreros de la abundancia soltando monedas como confites y bizcochos que se esponjaban en el líquido bicéfalo, con una mirada a la entrada y otra a la salida de la calle.

Y ante aquella profusión de ricas vertientes y de andrajos cuidadosamente coloreados, seres con aspecto de ramaje, sin algo de tela encima, se movían a saltos, como si un hilo tirase de ellos desde arriba y sacaban cada vez la tierra del suelo como si fueran árboles. Y se guiaba entre estas acostumbradas visiones como por transparencia.

Cuando entraba en un edificio parecía caer como desde lo alto de un sueño sin alcanzar el suelo, y semejaba encontrarse de pronto cómodamente arrellenado en un balancín del que le era relativamente fácil llegar con los pies a la superficie, y después los amplios ojos de los durmientes se abrían ocupando la pared frontal, ascendían cual globos hasta el techo y, estrellándose contra su superficie, convertidos en miel, se escurrían por la lámpara, cayendo al suelo con su «glu..., glu..., glu...», engordaba su chichón hasta alcanzar la lámpara y formar una columna alrededor de la que se iniciaba la fiesta y los sacrificios. Y como nadando en un mar de música iluminado por continuos resplandores coloreados, iba de un lado a otro por encima de las nucas de las señoras, por detrás de los culos de las sillas, entrando y saliendo a través de las cerraduras de las puertas, tantas como las hojas de un libro, que se movían a modo de tapadera de porcelana. Las señoras, cubiertas como con pétalos de flores y alas de mariposa, con los pies descalzos, pintados de colores, una serpiente arrollada a cada tobillo y sortijas abultadas en cada uno de los dedos, dejaban la huella de un paso y el pellejo adherido al suelo y pronto comenzaban a sangrar. Ellas continuaban sonriendo y ofrecían en bandejas que tenían forma de embarcación, manjares alargados y triangulares, rodeados, de dulces filamentos y en vasijas semejantes a limones, salsas azules con las que sazonarlos y licores espumosos que parecían lanzar suspiros, gritos y tenues carcajadas. Algunas señoras dejaban caer al suelo sus hombros y ponían un instante —el que tardaba en crecer la carne perdida— al descubierto sus vísceras, moviéndose como un corazón grande o como el mecanismo vegetal de las tripas de un reloj. Y también, en un prodigio de habilidad, comenzaban a despedir mal aliento por la boca, amarilleaban sus dientes y ocultaban sus labios entre sanguinolento espumarajo a modo de encaje. Su cabellera aparecía llena de liendres y se rascaban frenéticas la cabeza y el cuerpo. Los vestidos, desgarrados y pringosos, olían a mugre, aunque los sobacos y los pies sujetaban este mal olor. Los hombres más altos apenas les llegaban, empinándose sobre las puntas de sus pies, a la altura del ombligo. Todos vestían de etiqueta, algunos con suntuosos uniformes anticuados, que destacaban por sus colores más vivos. Otros se cubrían un ojo a modo de corsario y también llevaban una pata de palo y un gancho de hierro en sustitución de un brazo. Su panza era muy abultada y sobre ella relucían gruesos botones u otros adornos. Todos iban descalzos y sus pies estaban llenos de anotaciones en clave de números de teléfono. A modo de banderola llevaban un botillo y de vez en cuando, simu-

lando que orinaban, dejaban caer al suelo un chorro de líquido que, aunque salpicaba en él, se evaporaba sin llegar a mojarlo. Los caballeros se hurgaban en la nariz con tenedores de marfil y sacaban de ella pedazos de moco seco del tamaño de sus uñas, que ofrecían a las señoras. Algunas lo rechazaban con gestos pudibundos como si no tuvieran ningún apetito; otras lo saboreaban haciendo remilgos, y algunas los masticaban con crujir de dientes como si fueran patatas, o trozos de corteza de tocino fritos. En aquella situación parecían crecerles a sus pies campos de trigo mientras se levantaba un tablado. Montado en él, una vieja cubierta con un antifaz iba dando a cada uno de los asistentes, que subían por turno, un objeto de tamaño que difícilmente les cabía por la boca y que al momento les elevaba en el aire, daban varias volteretas y caían de cualquier modo en el suelo, lastimándose o perdiendo el sentido. Pronto, sin que nadie lanzara ningún grito, a algunos se les saltaban las lágrimas del dolor, pero sonreían, y antes de gemir reían encogiéndose de hombros. Después se levantaban y volvían a subir por turno al tablado. Cuando las fuerzas no eran bastantes para la ascensión, rodaban las escaleras y se clavaban las púas colocadas en cada tramo.

8

Por fin aquello, aunque no llegaba a despejarse del todo, dejaba unos intersticios a través de los que guiarse, y saltando por encima de los sacos de azúcar, montones de botellas, arena, despojos de una batalla, superando el humo y el granizo, podía alcanzar el primer tramo de una escalera y, agarrado a la barandilla, subir o bajar por ella, aunque ya no recordara a qué había venido.

Pero lo recordaba de repente y, situado en el mundo habitual, percibía la monotonía de cada instante y resolvía las dificultades de cada día.

9

Adolfo tenía una buena apariencia física. Su elegancia, levemente anticuada, le daba interés a su figura, y su silencio, un aire ensimismado y romántico. Parecía una estampa del siglo pasado que, sin cumplir años, fuera recibiendo la pátina de los inviernos. Su mirada era a un tiempo curiosa y distante. Podía achacarse a timidez o a preocupación, la lejanía de que estaban impregnados sus actos. Parecía alimentarse de leche en la que mojaba bizcochos de otro tiempo. Siempre iba muy limpio y atildado, estaba como salpicado de cagaditas resecas de pájaros que, a pesar de los más concienzudos cepillados, dejaban unas marcas permanentes. A veces parecía vestir a una ultimísima moda y que aún no había llegado a la ciudad. En el interior de su casaca parecía que anidaban los pájaros y estaba recorrido como por los movimientos de los polluelos. Llevaba grandes bolsillos muy abotonados y etiquetas de sastres inencontrables. Sujetaba sus pantalones con tirantes y su botonadura tenía un brillo al

que parecía estar mezclado el café con leche. Era curioso imaginar su figura sentada en lo alto del taburete de la barra de un bar como si se dispusiera a teclear en una máquina de escribir, él, que siempre escribía con una estilográfica de primera época, de esas que guardan una curiosa relación con los tacones de los zapatos. Aunque no comía en público, a veces movía las mandíbulas de forma que recordaba a un león, y tanto parecía, que bostezaba como que era areófago. Si hubiera entrado en un cine, aunque la película fuera en color, a partir de ese momento sería como si siguiera proyectándose en blanco y negro. Los sobres que llevaba al correo tenían en su dorso una gota de lacre y siempre parecía hablar a través de una ventanilla. Como si no estuviera totalmente despierto o como con una preocupación soportada a lo largo del tiempo y ya olvidada. Al caminar parecía no poner los zapatos en el suelo. Se sentaba en los rincones más recogidos de los parques, y las parejas y los pajarillos actuaban en su presencia como si fuera una estatua o durmiera un sueño de piedra. Parecía llegado de un lugar o de un tiempo muy lejano y al que lo que le rodeaba le afectaba de manera muy distinta. Aunque era bastante conocido de vista, no se le recordaba nada más que cuando se le tenía delante. A veces subía las escaleras de algunas casas e iba buscando un sastre o una planchadora que nadie conocía, pero que él terminaba por encontrar. Aquel sastre daba los pespuntes cruzados y en los lugares convenientes, y la planchadora hacía con la punta de la plancha los más curiosos ringorrangos. Pero era sorprendente y atemorizador encontrarle por aquellos lugares, y el aire parecía cargarse de presagios, como si de repente comenzaran a recorrer el cielo pájaros negros y fueran a caer del cielo, sin preparación previa bolos de granizo ligeramente grises. Y todo se llenaba de letras igual que una tela estampada. Se paraba en los callejones sin salida, donde veía letreros descascarillados y nidos de murciélago. Contemplaba la hierba raquítica que crecía en aquellos rincones, entre tapones de refrescos y alambres roñosos y cascos de botellas. Contemplaba, por encima de la balaustrada de la casa de un solo piso, la casa pequeña levantada sobre la terraza, los claveles que crecían en ese pequeño tejado, recostados contra la pared, sin que desde abajo se pudiera apreciar dónde agarraban sus raíces, como si el viejo que vivía allí olvidado de todo el mundo se entretuviera en bromear metiendo los tallos de claveles florecidos entre las tejas. Veía las cariátides que, libres de la observación, vigilaban las calles, los adornos de los aleros, incrustaciones de las paredes, y lo veía al mismo tiempo que veía saltar a los menudos gorriones entre sus piernas, y a los saltamontes y lagartijas que subían por las paredes. A veces, abandonando la compostura de su parte exterior, hacía algún gesto extemporáneo. Se quedaba mirando los bustos de las señoritas disecadas en los escaparates de las peluquerías y, utilizando el sistema de comunicación de los mudos, decía cosas como éstas:

—Cristina,
eres muy ladina.

Y luego, atusándose el bigote,

—Adolfo,
eres un golfo.

Pero casi nunca se quedaba en mangas de camisa ni caminaba con la bragueta desabrochada y descalzo con los cordones de las botas atados a los dedos de los pies, porque entonces, aunque se divertía sintiéndose acompañado de una cohorte de camellos, le molestaban las miradas de las viejas a través de las puertas entreabiertas de los balcones y ventanas y las tapaderas alzadas de los tejados, sobre todo le molestaban, en sus gestos adustos, su aspecto varonil, aunque apareciera abierto en dos por un corte de sierra.

Entraba a los estanques sin preocuparse de si llevaba o no llevaba impermeable, y cuando caminaba muy ensimismado escupía a un lado y a otro, hubiera o no hubiera guardia. Pero escasas veces se veía molestado por alguna observación y, mucho menos, mezclado en un conflicto. Los que recordaban haberle visto disculpaban su incoherencia y, como en todo era comedido, muchas veces pasaba inadvertida, y también su tono, tan habitualmente distinto, les dejaba anonadados y les impedía reaccionar.

Pero habitualmente en su exterior nada singular aparecía. Era capaz de, sentado en un banco, bajo un árbol, en la avenida más populosa de la ciudad, permanecer dos o tres horas entretenido con el periódico y mientras tanto mantener una actividad constante con los dedos de los pies y con todos los músculos de su cuerpo, que podía mover sin que exteriormente se manifestara nada. También movía a un lado y a otro los ojos, dándoles vueltas a izquierda y y derecha y a derecha e izquierda, pero sin preocuparse por lo que tenía delante de ellos y sirviéndose del periódico como de valla protectora. Y mientras duraba esta actividad, olvidado de todo, no se acordaba de levantarse y acaso, de acordarse, no pudiera, de proponérselo, ponerse en pie, aunque en ese momento sintiera una alarma.

10

Sin embargo, y a pesar de, y aunque, y no obstante, podía pasar por un ser normal, como caminando a través de un túnel lleno de sombreros descabalados, de cajas de cerillas sin cabeza, guantes impares, dedos sueltos, los ojos mirasen, porque miraban sin mirar, y los cerebros pensasen, porque pensaban precipitadamente y a partir y sin salir de.

Así cada día, a veces, podía mojar el terrón de azúcar en el café de la leche caliente, dejarse lustrar los zapatos y pasar a la otra orilla sin que a nadie se le ocurriera señalarle con el dedo, enviarle un lazo a los pies o lanzarle un irrigador a la cabeza.

Y aunque fuera a gatas, se paseaba lejos del campo magnético, como un triste clown *que regresaba de enterrar a sus amistades, a sus parientes y a sus recuerdos.*

11

Cuando cruzaba un puente era como si, cumplida su misión, el puente, tras él, se derrumbara.

A su paso podían desaparecer los árboles, que otros surgían para sustituirlos.

Los tejados alargaban las viseras y fruncían las cejas.

Los automóviles se convertían en quioscos y los quioscos parecían tener hambre.

El suelo se poblaba de gatos y en cada charco surgía un plátano desnudo.

Las piedras comenzaban a rodar e hincaban sus dientes en el suelo.

Las aceras eran como alfombras, que lo mismo se arrastraban hacía delante que en sentido contrario.

Los escaparates se alejaban como trenes invitándole a partir.

Parecía que las nubes y las estrellas estaban en el suelo.

Por un lado y otro circulaban platos de sopa errante.

Hermosas muchachas caminaban completamente mudas y llevaban un seno en cada mano. La falda les arrastraba hasta los pies, y por detrás su figura estaba formada por una jaula que a su través dejaba ver el horizonte.

Sus pasos hacían plón, plón, pisara o no pisara agua.

Nunca estaba dos veces en el mismo lugar, aunque parecía tener siempre delante el mismo monumento que semejaba una tarta recorrida por caracoles.

El silbido del viento tenía tono de sirena sobre el fondo de tarteras de aluminio que entre los cantos rodados rodaban como si cantaran por su cuenta.

Entremezclado con un sonido de trompeta, con un sonido de águila mientras llueve, saliendo del subterráneo de la ciudad, el autobús, casi siempre, parecía atravesar charcos y despegando los anuncios huir de los perros que le perseguían veloces mordisqueando sus ruedas. Algún perro se quedaba retrasado, se volvía con violencia y mordía su rabo, pero el rabo le respondía de modo que se transformaba en cabeza que a su vez parecía convertirse en rabo y las pezuñas de las patas en cabezas, también se mordían entre sí. Era todo un paisaje de aullidos. Los tejados y las paredes inclinados por sus líneas de fuerza, remontando por los desniveles del terreno, a lo lejos eran como chimeneas, mientras los edificios rectangulares parecían el estante de una zapatería.

Toda la ciudad se transformaba en escaparate. Las hileras de paraguas de colores en pie llevaban colocado su sombrero hongo. Las guitarras ceñían su cinturón. Los tableros redondos de las mesas, convertidos en ruedas de tren, parecían hacer señales para llamar la atención, la cerámica y los maniquíes hacían señas, en su relativa proporción, de carácter extraterrestre. Sobre un fondo en el que se pintaba el paisaje, los árboles verdaderos, como ramas hincados sin raíz en

el suelo, cubiertos de maquillaje plateado, exhibían exageradas muestras de bisutería, zapatillas serradas por el centro para enseñar su contenido central, a modo de bocadillos. Relojes con ojos de gato, algunos señalando la hora en punto, pero la mayoría como peleados entre sí y otros con horas imposibles (26 y 2.000 segundos, la 3 HUR, La Motilona). También con pico de avestruz que golpeaba el pavimento, en forma de tortuga circulando rápidamente en espiral. En el casco de barcos encerrados dentro de botellas. Anidados en nubes de algodón. Flotantes sobre piscinas de plástico. Transparentes pegados a los ladrillos como huevos fritos sobre el plato. Bordados en la ropa interior. En forma de tarjeta postal.

Gatos y mesas disecados. Luces de colores múltiples, horizontes de papel higiénico, bañeras, embarcaciones. Y el aspecto provinciano y provisional como impregnándolo todo de espuma de cerveza. Los quioscos de madera adornados de banderitas y molinillos de café, donde vendían altramuces y bolas de vidrio como recogiendo el sol tímido y los papeles sucios que arrastraba el viento. Mujeres con las medias arrugadas y las zapatillas en chancla, arrastrando la cola zurcida de la camisolina. Bicicletas arrimadas a los bordillos de las aceras, sujetas con un candado, en espera del momento de dejar caer su pintura descascarillada. Sobre el suelo las meadas del petróleo y el aceite de linaza, vomitonas, escupitajos, el agua sucia y los líquidos que fluyen por todas las cicatrices de la ciudad, pintándola con los relejes que forman su color más genuino.

12

Cuando encontraba a algún conocido, o cuando sus obligaciones le llevaban a tratar con los demás, todo aparecía ante él, más que como una realidad contemporánea, como algo que, más o menos inmediato, había ocurrido en el pasado. Y lo que ocurría en el momento era como lo que ya ocurrió.

Personas, objetos y situaciones, estaban cubiertas de pátina y recuerdo, y aunque la realidad le impresionara era del modo como lo pudiera hacer una película. Actuaba en ella lo imprescindible porque prefería observar lo que sucedía a su alrededor y lo hacía con tono de reminiscencia. Por eso sus actos, sin llegar a ser gestos repetidos, estaban empapados de comedimiento y costumbre. Nada más extemporáneo, en su manera de comportarse, que una innovación o una audacia. Las tazas que caían de sus manos parecían caerse en el teatro. A su alrededor había como un olor de gato limpio. Su peinado tenía justo el grado de ondulación e iniciada la raya de tal modo que nunca había estado vigente y toda su elegancia parecía estudiada, casi como si con un traje de calle quisiera acudir a un baile de disfraces.

Estando él presente, su persona era todo el centro de atención y el ritmo de actuación venía impuesto por esta circunstancia. Pero cuando se marchaba había como un golpe de respiración que llenaba su hueco y él quedaba inmediatamente olvidado, volviendo la normalidad.

13

Pasaba la mayor parte del tiempo en su casa. De este modo su vida era un viaje permanente y él, ofreciendo el espectáculo de su persona, cada vez y en cada lugar que podría echársele de menos, era como si de este modo enviara las necesarias tarjetas postales.

El mismo era un personaje de una de esas tarjetas postales anticuadas. Sus mismos botones brillaban de una especial manera en el que estaba el tono claro ahumado inconfundible de las tarjetas. Sus cabellos tenían algo de la pelambrera de los gatos. Aunque no siempre lo llevara, movía el bastón de modo que parecía correr peligro de que con él llegara a desnucar a un gato, y aunque no se le vieran, también parecía tener los calcetines a rayas. Pero no pesaba como una idea fija, pasaba como una imagen que no llega a formarse.

14

Vos sabéis que la cornisa permanece, hace muchos años, verdinosa y que cada uno de los gatos que han muerto en esta casa han sido cuidadosamente disecados y se encuentran en el cajón de la taxidermia.

¿He de deciros alguna otra cosa?

Os contesto aceleradamente. En efecto, no ignoro que cada uno de los gatos está en su sitio. Tal y como lo digo al escribir estas atropelladas palabras.

ANTONIO FERNANDEZ MOLINA

Zurita, 19
ZARAGOZA